



Sección Tercera





Momentos fundacionales

Al comienzo de la década de los noventa, con el fin de la Guerra Fría y la extensión de la democracia a la mayoría de los países latinoamericanos, se generan razonables expectativas sobre las posibilidades de avanzar en la transformación productiva y en la inserción competitiva a escala global de las economías de la región.

En el plano global, junto con el fenómeno de la internacionalización financiera y de la producción, se observa una marcada tendencia a la conformación de bloques económicos regionales. Se profundiza y amplía la vieja Comunidad Europea, bajo la idea fuerza de “Europa 92”, que conduciría al establecimiento de la Unión Europea. En América del Norte se lanza la iniciativa que llevaría a la creación en 1994 del NAFTA. A su vez, la culminación exitosa de la Rueda Uruguay, fortalece al sistema multilateral de comercio y abre la posibilidad de que futuras negociaciones comerciales permitan, finalmente, una incorporación plena de la agricultura a sus disciplinas.

En el plano regional, la década se inicia con la creación del Mercosur. Desde el inicio la idea estratégica fue la de potenciar por medio de la acción conjunta de sus socios, no sólo sus procesos de transformación productiva, sino también sus negociaciones con terceros países. Tres rasgos son dominantes en el lanzamiento del Mercosur. Por un lado, el objetivo de su extensión gradual a toda América del Sur. Por el otro, la de negociar como unidad con los Estados Unidos, en el marco del acuerdo “4+1”, y de la Iniciativa de las Américas. Y finalmente, la de encarar simultáneamente negociaciones de libre comercio con la Unión Europea.

Son entonces momentos fundacionales de una nueva etapa del proceso de integración económica, de profunda dimensión política e internacional, entre los países del Sur americano. Algunos de los artículos publicados en la Sección reflejan, a la vez, el optimismo del momento fundacional y de sus circunstancias, y la cautela derivada de observar la dimensión y complejidad de la tarea emprendida con la creación del Mercosur. ■



Capítulo 11

América Latina, hoy (1991)*

Una visión más optimista

En un período de inestabilidad y de cambios revolucionarios en el sistema internacional resulta difícil hacer pronósticos acerca de la evolución futura de Latinoamérica.

América Latina aparece hoy con una firme tendencia a salir de una larga década de crisis. Sale, como era natural, cargada de experiencias y de problemas. Experiencias, en cuanto al agotamiento de un modelo de desarrollo económico que respondió a otras circunstancias históricas y que, más allá de cualquier legítimo debate sobre sus defectos y virtudes, quedó superado por las realidades internacionales, Problemas, económicos y financieros, de endeudamiento externo, pero por sobre todo de una inmensa deuda social interna. Se han acentuado las inequidades en la distribución del ingreso y, se han ampliado los sectores sociales en situación de marginalidad y de extrema pobreza.

El optimismo empieza a ser hoy, la tónica dominante en relación con la región. Un optimismo cauteloso pero que contrasta con el pesimismo reinante hasta hace muy poco, tanto dentro de los países como en el exterior con respecto a ellos. Esta nueva tónica se refleja en el cambio de imagen que sobre América Latina se ha producido en la prensa internacional. La pobreza y la injusticia social, la corrupción, el narcotráfico, siguen siendo, y con razón, noticia. Pero también lo es el hecho de que la región ha vuelto a crecer, que la democracia se ha extendido a prácticamente todos los países y, en particular, que vuelve a ser de interés hacer negocios e invertir en nuestros países.

Es un optimismo cauteloso por lo menos por tres razones. La primera es que el grado de frustración, por momentos de irritación, con respecto a la performance económica de los países latinoamericanos ha sido muy grande. El legado en tal sentido de la década de los 80 es muy negativo. Amé-

* Artículo publicado en Criterio, N° 2083-84, diciembre de 1991.

Sección Tercera

rica Latina no sólo fue sinónimo de “deuda”. Fue sinónimo de frivolidad y falta de seriedad de su clase dirigente. Apreciación quizás exagerada, quizás injusta, quizás también interesada. Pero lo cierto es que ésta era la imagen dominante en el mundo industrializado hasta finales de la década pasada.

La segunda razón es que se sabe que los problemas a encarar son enormes. El endeudamiento externo aún tiene un peso significativo en algunas de las principales economías del área. La lucha por controlar la inflación y para crear condiciones macroeconómicas sólidas favorables al crecimiento, está lejos aún de haber terminado. En algunos casos recién esta empezando y los resultados son inciertos. El caso Brasil demuestra que la tarea por delante es inmensa. Por sobre todo la cuestión social aparece en toda la región agravada y se traduce, ocasionalmente, en manifestaciones de violencia callejera, como las que se han producido en Venezuela.

La tercera razón es que la situación de la economía mundial también es incierta. El mundo industrializado, en particular los Estados Unidos, ofrece un cuadro de crecientes dificultades para superar las tendencias recesivas y las consiguientes tentaciones proteccionistas. Las dificultades para concluir siquiera con éxito relativo la Rueda Uruguay en el GATT, alimentan un panorama económico internacional sombrío. A ello se suma el clima de inestabilidad y de marcada impredecibilidad que se manifiesta con respecto a la antigua Unión Soviética, y en particular a Rusia. La desintegración del imperio soviético no ha sido aún digerida por el mundo industrializado y, en tal perspectiva, el “nuevo orden internacional” aparece por momentos más que como una realidad, como un intento de exorcizar las tendencias centrífugas que amenazan al Este europeo.

Razones para un optimismo relativo

Sin embargo, protagonistas, analistas y mercados, dentro y fuera de la región, se inclinan a tener un comportamiento positivo con respecto a América Latina. Se refleja ello en los mercados de capitales y en los flujos de inversión hacia varios de los países de la región.

Quizás tal actitud positiva esté basada en las siguientes razones:

- a) La tendencia secular al crecimiento de las economías latinoamericanas. En efecto, si bien los años ochenta contribuyeron a generar la imagen de que los países del Sudeste asiático han tenido una mejor trayectoria de crecimiento económico que los del área, lo cierto es que, en el largo plazo, son las economías latinoamericanas las que más han crecido en el mundo. Un reciente estudio publicado por la OECD (Angus Maddison, *The World Economy in the 20th Century*, 1989), demuestra que entre 1900 y 1987, los países latinoamericanos han tenido un crecimiento pro-

medio del 3.8%, superior al promedio de los otros grupos de países objeto del estudio, que fueron los de Asia con un promedio anual del 3.2% y los de la OECD con un promedio del 2.9%. De todos los países estudiados, el que más creció en ese período de 87 años, fue el Brasil, con un promedio del 5% anual. En cuanto a la Argentina, su promedio anual en el mismo período fue de 3.3%.

- b) La relativa consolidación de la democracia en la región, a su vez refleja un cambio pronunciado de cultura política. No sólo se ha recuperado la democracia en todos los países latinoamericanos, salvo Cuba y Haití, cualesquiera que sean las limitaciones e imperfecciones que se observan en varios de ellos, sino que aparecen signos evidentes de la emergencia de una cultura política más proclive a la concertación y a la negociación. La forma en que se ha producido la transición democrática en Chile es un ejemplo, pero también lo es la administración del problema de la violencia en Colombia o la experiencia reciente de Nicaragua. Las frustraciones parecen canalizarse más dentro del sistema político democrático que a través de su ruptura. Una excepción notable lo es sin duda la contestación violenta que se manifiesta aún en el Perú y en El Salvador. Ellas nos recuerdan la dualidad de una realidad latinoamericana, en la que se observan a la vez el desmantelamiento de viejas revoluciones (por ejemplo, Bolivia o México) y el intento del armado de nuevas.
- c) El cambio de actitud de los Estados Unidos con respecto a América Latina. Sin duda, facilitado por el fin del impacto de la Guerra Fría en la región, lo cierto es que la administración del presidente Bush ha puesto de manifiesto un nuevo interés en América Latina, que se traduce en el nítido apoyo a la democracia y en el lanzamiento de la Iniciativa Empresa de las Américas, anunciada en junio de 1990. Cualesquiera que sean los comentarios que puedan efectuarse en cuanto al contenido práctico de esta Iniciativa, lo cierto es que ha significado enviar el mensaje, especialmente a la comunidad de negocios, de que el gobierno norteamericano sí cree que están dándose las condiciones de un profundo cambio económico en el área y que para los Estados Unidos, América Latina tiene una alta prioridad, superior a la de Europa del Este. Recordemos que en el momento del lanzamiento de la Iniciativa, el temor que existía en la región era el de un fuerte desplazamiento del interés norteamericano hacia Europa del Este conmovida por los hechos revolucionarios iniciados en 1989. La Iniciativa significa avalar en el más alto nivel político estadounidense, lo que Michel Camdessus y Enrique Iglesias, venían sosteniendo desde sus altas posiciones en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Interamericano de Desarrollo, en el sentido que en América Latina se estaba produciendo una verdadera "revolución silenciosa", menos

Sección Tercera

publicitada y menos espectacular, pero tan o más profunda que la de Europa del Este, y por cierto, en un terreno mucho más fértil para el florecimiento del espíritu de empresa y el restablecimiento de la tradición de crecimiento económico.

- d) Se ha generalizado un consenso regional, sobre la necesidad de aplicar políticas económicas orientadas a superar la obsolescencia y a crear condiciones estructurales de competitividad internacional. Tres elementos caracterizan tal consenso regional. El primero es el reconocimiento de que los sistemas económicos se encontraban incapacitados de generar el bienestar requerido por los procesos de apertura democrática y esperado por poblaciones familiarizadas, a través de los medios de comunicación masivos, sobre el bienestar que el progreso técnico puede producir. En los países más avanzados de la región se reconoce, además, que la obsolescencia tecnológica generalizada los coloca aceleradamente fuera de condiciones de competir en el comercio mundial de manufacturas y de servicios. El segundo, es la aceptación de que sólo con el control de las respectivas macroeconomías, se pueden crear condiciones de mercado para que a través del florecimiento del espíritu de empresa y de la inversión privada, se opere la transformación productiva necesaria para competir en los mercados mundiales. Y el tercero, es precisamente el de que es necesario, si se quieren alcanzar niveles de bienestar y de equidad social compatibles con la consolidación de la democracia, hacer un enorme esfuerzo societal para capacitarse para competir como naciones en los grandes mercados industrializados. Este esfuerzo cruza por la transformación del Estado, la desregulación de la economía, la apertura al comercio mundial, la inversión privada y la modernización tecnológica, a fin de que a través de la incorporación de valor agregado intelectual a la actividad productiva, poder generar empleo y producir el tipo de bienes y de servicios, que demandan mercados internos y mundiales, cada vez más poblados de consumidores exigentes en calidad. El que nadie en el mundo compra caro lo malo, pudiendo adquirir barato lo bueno, se ha transformado en un axioma, que más allá de cualquier ideología, señala una regla central de la competencia económica internacional de este fin de siglo.
- e) La generalización de políticas exteriores orientadas a la cooperación y la integración, dentro de la región y con el mundo. La crisis de los ochenta arroja el saldo de una América Latina más proclive al pragmatismo en su comportamiento internacional. Quizás como resultante de la nueva cultura política, que reconoce el valor de la competitividad, el compromiso y la negociación, es evidente en todas las latitudes nacionales e ideológicas de la región, la idea de trabajar dentro de las reglas de juego domi-

nantes en el sistema internacional. Los viejos conflictos aparecen diluídos en espacios de cooperación y paz. El caso centroamericano es un ejemplo al respecto. Pero fue quizás en el Sur que se sentó el precedente de un nuevo espíritu de cooperación política y económica, a través de los entendimientos que se desarrollaron entre la Argentina y el Brasil a partir del acuerdo tripartito de 1980 y, especialmente, a partir de la recuperación democrática y los acuerdos de 1985. Los acuerdos en materia nuclear fueron el comienzo de un proceso de claras señales al mundo sobre el espíritu de cooperación que reinaba en la región, reiterado con posterioridad por hechos concretos producidos por los gobiernos de los presidentes Menem y Collor.

El Mercosur como factor de optimismo

Quizás sea la idea del Mercosur la que mejor refleja la nueva realidad latinoamericana y ello explique el interés que ha despertado en el mundo industrializado. A diferencia de experiencias anteriores en materia de integración, el Mercosur se presenta como una alianza para la consolidación democrática, la transformación productiva y la competitividad internacional.

En una época en que el concepto de zonas de libre comercio cualitativas, como las que surgen en América del Norte y en Europa, caracterizadas por la sumatoria de las aperturas recíprocas de los mercados y una disciplina macroeconómica colectiva, tiende a borrar las tradicionales fronteras entre los conceptos de zona de libre comercio, unión aduanera y mercado común, lo relevante en el Mercosur no es tanto cuál de estas categorías predominará en 1994 al finalizar el período de transición, sino el hecho de que los cuatro países, y muy probablemente luego Chile y Bolivia, han aceptado compartir el objetivo de reconvertir sus economías creando en un nivel subregional, un *habitat* favorable a los esfuerzos nacionales de competitividad estructural y empresarial.

En esta perspectiva, la validez del Mercosur y su viabilidad, reside en el hecho de ser una alianza para la modernización y la inserción competitiva en todos los mercados mundiales. El formato final y los instrumentos son en cierta forma accesorios. Lo esencial es que se mantenga el sentido de dirección en los cambios políticos y económicos que se están operando, a veces quizás con distintos ritmos y nunca por cierto en forma lineal, en las cuatro economías del área, como parte de un esfuerzo hemisférico más amplio, de crear en las Américas un espacio de crecimiento, de libertad y de equidad social.

En un período de inestabilidad y de cambios revolucionarios en todo el sistema internacional, difícil resulta hacer pronósticos sobre cuál será la evo-



Sección Tercera

lución futura de América Latina. Son épocas ambivalentes: de cautela para el analista, de optimismo para el protagonista. La agenda latinoamericana de fin de siglo aparece plagada de dificultades y de desafíos. Pero quizás los cambios en la propia región sumados a los que se están operando, con signo equívoco, en la vieja Europa, abren una ventana de oportunidad para recolocar a los países latinoamericanos en la ruta del crecimiento y del desarrollo.

Estas notas sólo han intentado destacar algunos rasgos de una nueva realidad regional, que quizás estén apuntando a una larga etapa de progreso y de libertad en la región. El trabajar para que ello sea realidad, puede ser el mejor homenaje a los cinco siglos del encuentro entre las Américas y el Occidente. ■